

AGENDA

Cultural



Universidad
de Antioquia



- El futuro de la enseñanza del periodismo y su relación con los medios • Un día como hoy
Narcohuellas en las cuartillas • ¡Piedad con estos pobres huérfanos! • ¿Informar hoy?... ¡Tan solo una ilusión!
El ejercicio del olvido • Autenticidad o simulación. ¿A quién satisface el periodismo en Colombia?
Creación y periodismo • Medellín y Ricardo Aricapa son así • Carlos Mejía, un maestro de verdad

La Universidad está en cada uno de nosotros **196** años

Presentación

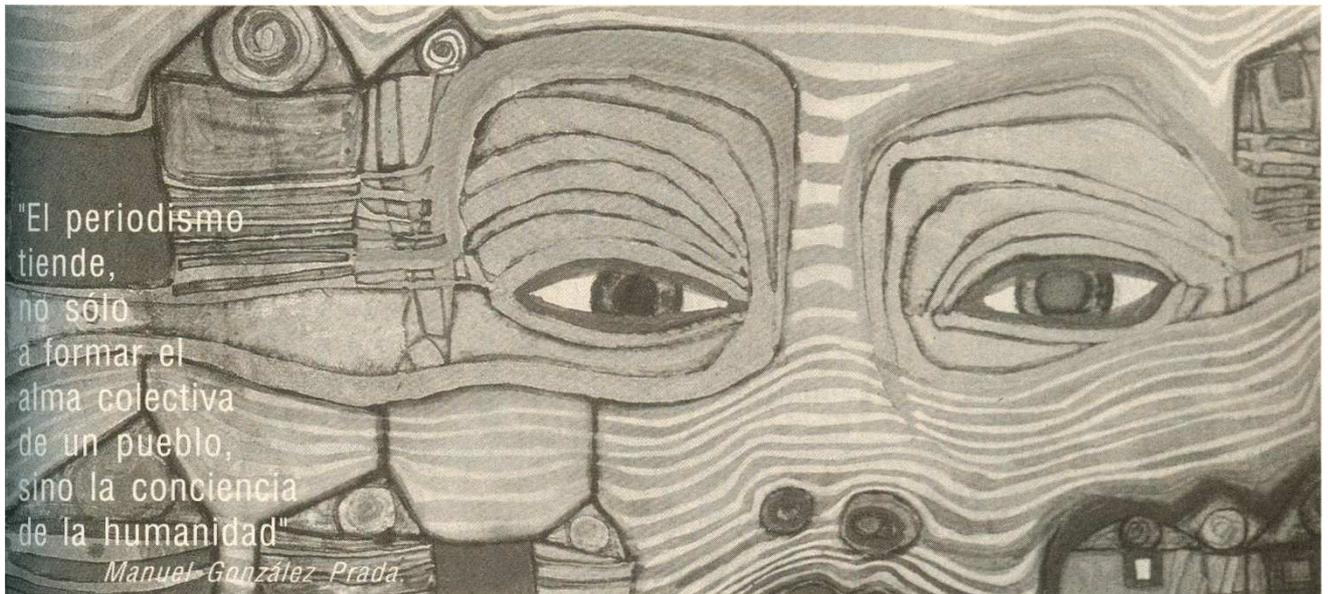
Desde los orígenes de la humanidad, la comunicación entre los hombres ha sido una de las bases sobre la que se ha estructurado toda sociedad. Esta afirmación continúa siendo válida para el mundo actual, en el cual el auge de la tecnología, entre otros factores, ha propiciado el protagonismo indiscutible de las comunicaciones y de la información.

Asumir con responsabilidad, compromiso y verdadero sentido ético la avalancha permanente de información, constituye un reto para quienes la tarea de presentar e interpretar la realidad es una opción de vida.

En nuestro país, en los actuales momentos, el periodismo es, sin lugar a dudas, una de las profesiones cuyo ejercicio resulta más complejo, comprometedor y polémico.

La presente edición ofrece elementos que permiten y promueven la discusión en torno a la función social del periodista de hoy, desde la reflexión sobre la formación profesional del periodista, que plantea en su artículo el rector Jaime Restrepo Cuartas, o las repercusiones que el narcotráfico tuvo para el periodismo, expresadas en el artículo de Javier Darío Restrepo, hasta la relación del periodismo con la literatura en la que nos introduce Germán Sierra; son parte del contenido de esta Agenda Cultural, que además quiere reconocer la importancia del oficio y unirse a la celebración del día clásico del periodista, el próximo 9 de febrero.

Autenticidad o simulación ¿A quién satisface el periodismo en Colombia?



Hundertwasser. Fragmento *La tierra de trina sobre los Balcanes*, Roma, 1969

Por: Rafael Rubiano Muñoz.

Con expresa ironía se refería Goethe en la escena primera del prólogo al *Fausto* que la manera de obtener la credibilidad del público era satisfaciendo sus bajos deseos y añadía que ese mismo público conformado por muchedumbres sólo tiene la “cabeza llena de espantables lecturas”. Con la debida distancia en los procesos históricos y culturales que han definido la formación de la opinión pública en Europa, la anterior reflexión de Goethe de la cual somos partícipes nos permite para el caso de Colombia alegar una advertencia más; no sólo las muchedumbres tienen la cabeza obstruida de “espantables lecturas”

sino también el periodismo en Colombia que no escapa a tan cruel desventura. Para satisfacer sus estrechos deseos económicos, el periodismo se ha convertido en un medio de información que sólo incentiva y hasta fomenta la simulación.

La manera como el periodismo de nuestra tierra se gana los favores de las muchedumbres no es sólo lo que molesta, es decir, su insidioso deseo de rebajar a la trivialidad los problemas sociales, incluso su frecuente para reflexionar sobre los sucesos dramáticos que nos acosan, sino también, la inquietud que causa asombro de nuestro periodismo es el

usual descuido en la formación del público y en ese marco de una opinión pública fundante.

Al parecer el periodismo contemporáneo colombiano vive más para la simulación que para la autenticidad. Figuración más que palabras, pose más que ideas, adulación más que sobriedad, insensatez más que lucidez. Pero estas características tienen entre muchas razones unas causas sociológicas que es menester observar y ubicarlas en su justo contexto social. Es así que no debería asustar la manera en que el periodismo de fuerza centrípeta que era durante el siglo XIX indispensable para la construcción de la vida nacional en sus más amplios aspectos, hoy se haya desplazado a ser una plataforma giratoria centrífuga con menos capacidad intelectual, pero eso sí con la charlatanería que sólo otorga la fama, que permite alcanzar, no sólo el ascenso social y económico, sino también el reconocimiento de las multitudes. Ni menos podría ser causa de desasosiego, la ilusión exuberante que incluso en la Universidad tienen muchos acerca de lo que es el periodismo o la comunicación social como profesiones de las ciencias sociales y humanas, es decir, se les interpreta como los medios más eficaces que les permitirían alcanzar el lánguido brillo del estrellato, sea a través de la televisión, de la radio, de las publicaciones o del cine. Con todo, no podría esperarse más que el periodismo presente haya declinado en su función social, esto es, la de incidir en la construcción de una conciencia

vigilante de lo que deteriora la vida social. Entonces, procurar la dignificación de la opinión pública como el medio más eficaz de construir una sociedad cuya experiencia sea la de la responsabilidad civil, la ciudadanía, será la tarea y se convertirá en el mayor problema que deberá afrontar el periodismo en nuestro país.

El asunto está por encima de polémicas insulsas. Se aduce que el periodismo hoy se fortalece a través de la imagen. Es claro que la imagen constituye un momento más de la comunicación humana, nadie dudaría de la capacidad de esta condición, pero nada es también más cierto que la caída de la función de la palabra en el periodismo causando un inalterable estado de estupefacción. La palabra elabora una conciencia de la realidad porque supera la necesidad en el ser humano del uso de la fuerza. Y frente a la intolerancia, la violencia, el autoritarismo, la irracionalidad reinante en la vida de nuestro país, el periodismo debe volver su atención hacia la palabra en lo que tiene de crítica y de oposición, medio éste en que se puede sostener en el más auténtico sentido la opinión pública. Sin embargo, las posibilidades de reconstruir esa idea de un periodismo crítico cuya capacidad sea la incidencia real en la vida pública, comienza de igual manera en la reformación de la relación Universidad y Sociedad. No en otro medio por el momento en Colombia se podrá relacionar la libertad de expresión con la libertad de pensamiento como momentos esenciales del periodismo y como

expresión de la opinión pública. A la luz indiscreta - de la cultura de masas no cabe esperar que el periodismo sea valorado en otro medio social. Y en ese contexto dignificar la tarea del periodismo será entonces la labor de la vida universitaria.

Ahora bien, un periodismo que no construye un público y que no considera el debate como esencia de su existencia, se entrega de manera impotente a la barbarie ¿A qué se debe hoy el silencio soterrado del periodismo colombiano frente a los problemas de la vida nacional? ¿A quién satisface el periodismo en Colombia? ¿Cuáles son los medios por los cuales el periodismo logra incidir en la vida social y adquiere un puesto de prestigio?

A diferencia de los hombres públicos ligados a las ocupaciones administrativas del estado o al desempeño de cargos políticos, es el periodista quien tiene una responsabilidad social mayor, porque en el marco de las ideas y aun de los hechos, la acción del periodista es de una ineficacia incuestionable. El periodista vive de forma diversa al literato en una incesante comunión con las multitudes. ¿Cuántas obras no pueden realizar los hombres públicos que sí pueden ser concebidas por un

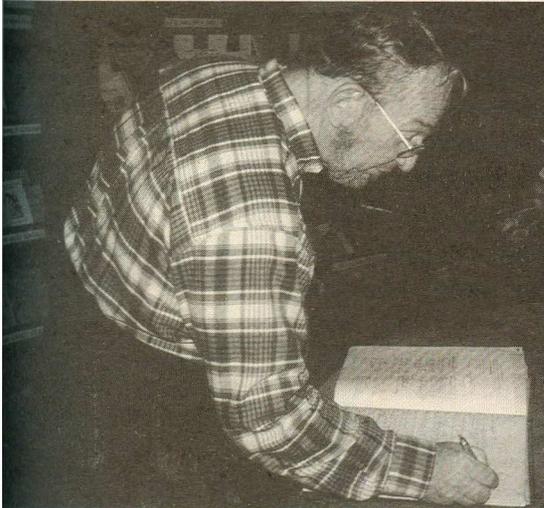
A diferencia de los hombres públicos ligados a las ocupaciones administrativas del Estado o al desempeño de cargos políticos, es el periodista quien tiene una responsabilidad social mayor, porque en el marco de las ideas y aun de los hechos, la acción del periodista es de una ineficacia incuestionable.

artículo de un periodista? Aún a finales del siglo pese a los avances de la tecnología, el periodismo constituye una fuerza donde los acontecimientos pueden ser trivializados o glorificados según sea el caso. En su dimensión el periodismo ausculta la vida social con miras a encarar los problemas del universo pero ello depende de quienes lo manejen. Basta considerar el mundo civilizado sin el periódico para percibir el valor que el periodismo tiene en la modernidad.

Finalmente, el periodismo no sale victorioso del juicio que es imprescindible dictarle, porque según lo dice Manuel González Prada, el periodismo "difunde una literatura de clisés o fórmulas estereotipadas, favorece la pereza intelectual de las muchedumbres y mata o adormece las iniciativas intelectuales". Pero esta certeza de un periodismo banalizado por los medios de información tiene entre múltiples causas una mayor; una sociedad que no ha dignificado el pensamiento y la palabra como formas del bien social, no puede responder previamente a la pregunta sobre la satisfacción del periodismo como profesión.

Rafael Rubiano Muñoz es Sociólogo y docente de la Facultad de Comunicación Social

Carlos Mejía, un maestro de verdad



Por: Mario Arango Escobar.

“En cada ser humano hay un artista.” Estas palabras de Joseph Beuys sintetizan la filosofía que Carlos Mejía le imprimió siempre a su labor docente.

Todos aquellos que tuvimos la grata experiencia de recibir sus enseñanzas, aprendimos los conceptos básicos del arte como: el dibujo, la composición, la forma, el color; pero ante todo, aprendimos a descubrirnos como seres llenos de potencialidades.

Como un abuelo generoso, permanentemente nos incitaba a experimentar nuevas técnicas y a intentar opciones de expresión, todo en aras de una propuesta personal auténtica y libre.

Conocedor como pocos de la historia

del arte, siempre se refería a los grandes maestros con admiración y respeto, y enfatizaba la grandeza de sus obras para impartimos lecciones de humildad: “En arte siempre hay algo por alcanzar, nunca se puede estar satisfecho con el logro de un objetivo, pues una meta alcanzada implica iniciar un reto nuevo”.

Su gran maestra fue la Naturaleza y nos decía: “Si se la observa con atención, siempre encontraremos en ella lecciones magníficas de equilibrio, de diseño, de contraste, de espacio...”

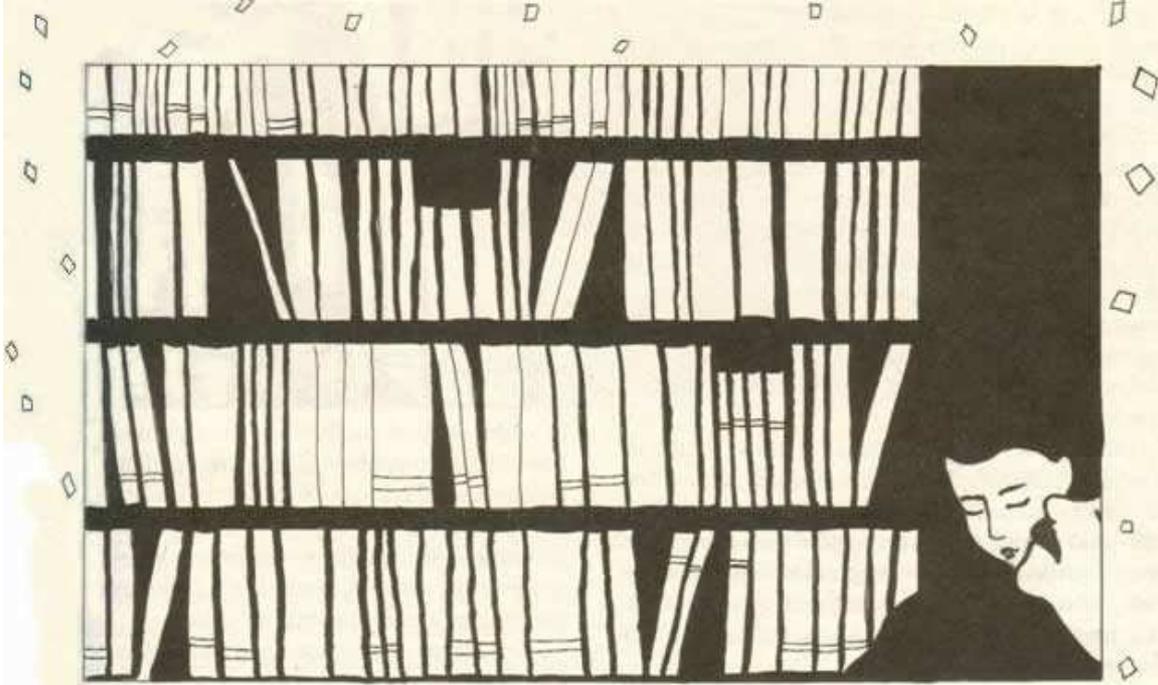
Con una metodología muy simple pero llena de gran sabiduría y con esa sencillez que siempre lo caracterizaba, fue sembrando no sólo en sus alumnos, sino en cada persona que se le acercaba, su personal concepción del arte. El arte, entendido como un compromiso diario de búsqueda, de reflexión, de mirar hacia atrás. Un compromiso diario con la libertad.

Más que la producción plástica, el arte concebido como una forma diferente de habitar el mundo, de miramos a nosotros mismos. He aquí la gran lección que nos deja Carlos Mejía, el humanista, el artista, el maestro; casi desconocido para las nuevas generaciones, pero que tan valiosos aportes hizo al arte de nuestra ciudad y de nuestro país.

Su temprana muerte, ocurrida el pasado mes de diciembre, nos priva de su presencia, pero sus enseñanzas permanecerán por siempre y se multiplicarán a partir de sus alumnos.

Mario Arango Escobar es Maestro en Artes Plásticas y Coordinador del Programa de Cine en Video de la División de Extensión Cultural.

Creación y periodismo



Plumilla de María Teresa Cano

Por: Luis Germán Sierra J.

En la *Agenda Cultural* No. 33 de abril de 1998, Juan José Hoyos demuestra, en un sintético artículo, que las relaciones del periodismo y la literatura, lo que se ha dado en llamar “periodismo literario”, no es nada nuevo y que, por el contrario, ya la obra *Memoria del año de la peste* (crónica sobre la peste ocurrida en Londres en 1665, y publicada en 1772), del inglés Daniel Defoe, puede leerse hoy como una novela o un reportaje. Su artículo culmina con ese apunte, después de hacer un largo recorrido por autores y obras básicamente estadounidenses que muestran esa filial relación entre ficción y periodismo, novela y reportaje. Técnicas trasteadas para beneficio de

ambos géneros.

Marcel Proust, Ernest Hemingway, Truman Capote, John Reed, Tom Wolfe, Norman Mailer, Sara Davidson, entre otros, conforman ese selecto club de narradores con sangre periodística.

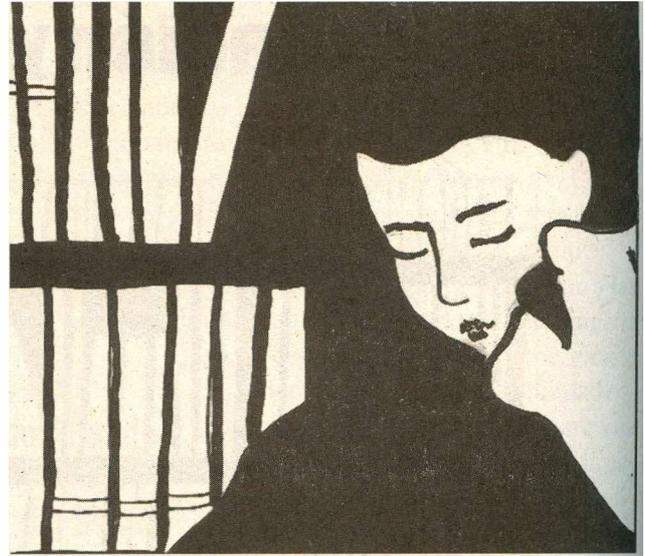
La mirada crítica y atenta de este tipo de literatura ha contribuido, sin lugar a dudas, a vislumbrar los rumbos de la novela, que se inyecta de renovados lenguajes y distintos aires.

Vladimir Nabokov, en 1957, en un apéndice al final, de su espléndida *Lolita*¹, dice, en una especie de andanada contra las acostumbradas interpretaciones maniqueas de la obra

de arte, que no pocas comicidades produjeron acerca de su luego reconocida novela: "...Para mí, una obra de ficción sólo existe en la medida en que me proporciona lo que llamaré 'lisa y llanamente placer estético, es decir, la sensación de que es algo, en algún lugar, relacionado con otros estados de ser en el arte (curiosidad, ternura, bondad, éxtasis) es la norma. Todo lo demás es hojarasca temática o lo que algunos llaman la literatura de ideas, que a menudo no es sino hojarasca temática solidificada en inmensos bloques de yeso cuidadosamente transmitidos de época en época, hasta que al fin aparece alguien con un martillo y hace una buena rajadura a Balzac, a Gorki, a Mann".

En esa suerte de itinerarios de la novela, entonces, donde hoy presenciamos verdaderos martillazos al narrador omnisciente (esa deidad), encontramos el ensayo, la poesía, el periodismo, la crónica de viajes, insuflándole nuevos bríos a ese género proteico.

"Yo tenía una granja en África, al pie de las colinas de Ngong", es la primera frase del apasionante libro *Lejos de África*², de Isak Dinesen, seudónimo de la baronesa Karen Blixen (Dinamarca 1885 - 1962), que sugiere; de entrada, un relato autobiográfico. Es, una gran novela y es también un inmenso reportaje al África, a instancias de su vida como granjera en Kenya durante diecisiete años. Un hermoso libro donde se entremezclan tanto la narración directa y detallada, como la



reflexión, el diálogo, la sorprendente personalidad de quienes le rodean, provisto todo de un lenguaje que, de no sonar trillado, llamaría hermosamente poético. Es un testimonio y es una noticia de África de los comienzos del presente siglo. Periodismo lleno de atmósferas del arte literario.

En otra idea del texto citado de Nabokov: "realidad, palabra que no significa nada sin comillas", está el fermento, creo, de aquello que ha hecho de las realidades periodísticas (usualmente buenas sólo para estar informados y aterrorizarse casi siempre) un lenguaje cómplice de la ficción. Ante todo, claro está, porque la realidad a menudo ficciona de manera más eficaz que mucha mala literatura.

En nuestro país Luis Tejada, Tomás Carrasquilla, Germán Arciniegas, Gabriel García Márquez, Héctor Rojas Herazo, Arturo Alape, Germán Castro Caicedo, Juan José Hoyos, Germán Santamaría, entre los más conocidos, han evidenciado una profunda influencia literaria en muchos de sus

trabajos periodísticos. O, mejor, han evitado a toda costa que en ellos el periodismo repita los resabidos moldes obedientes y reflejos vanos de la realidad.

Entre los más jóvenes, Carlos Sánchez Ocampo ha realizado dos libros, producto tanto de su formación de periodista como de su gusto por el arte y la poesía.

*El contrasueño. Historias de la vida desechable*³ y *Santificad las fiestas*⁴ nos colocan ante un lenguaje cuidado desde la óptica literaria, que devela, el primero, la vejación y el maltrato de la dignidad humana en Medellín, pero también la suprema condición de los protagonistas del rebusque y la sobrevivencia diaria; y, el segundo, la íntima alegría, la tradición étnica sin brebajes publicitarios, la imagen auténtica de once fiestas que se llevan a cabo en Colombia sin el dudoso amparo de los grandes medios de

información.

Dos libros de crónicas que inducen a pensar en la fuerza que adquiere la palabra cuando sale cincelada por una auténtica experiencia, y cuando a ésta la guía la búsqueda genuina del alma de una verdad que, aunque incierta, es aquel martillo de Nabokov.

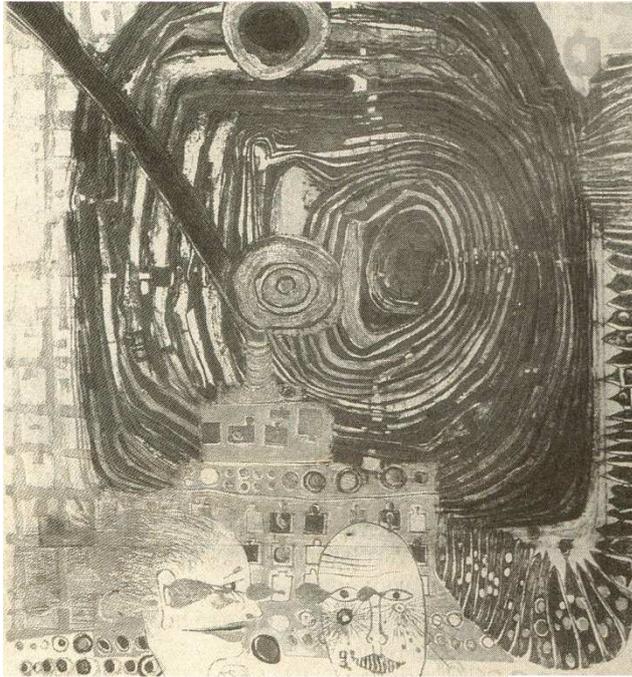
El periodismo, un aliado acicate de la más hermosa de las mentiras, que es la literatura.

Luis Germán Sierra es Coordinador Cultural del Departamento de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia.

Notas.

1. Arango Editores, 1989, Bogotá. Traducción de Enrique Tejedor.
2. Ediciones Alfaguara, 1985, Madrid. Traducción de Barbara Mcshane y Javier Marías.
3. Editorial Universidad de Antioquia, 1993, Medellín. Ministerio de Cultura, 1998, Santafé de Bogotá.

El ejercicio del olvido



Hundertwasser. Fragmento *Viaje por mar I*. París, 1966

Por: Orlando Arroyave

Karl Kraus, el satírico vienés de principios del siglo XX, afirmaba desde su trinchera ética *Die Fackel*-una hoguera lúcida contra el periodismo- que los periodistas escriben porque no tienen nada que decir. Y hoy, como en los tiempos de Kraus, el periodismo continúa siendo el arte de conmemorar lo olvidable sofocando lo esencial. Un arte que lo devora el presentismo, esto es, el apego sin rubor a lo inmediato. El periodismo, digámoslo en nombre de los usuarios indignados de los *mass-media*, es el borrador de lo importante, que deja como estela la trivialidad y el olvido.

Lo trivial; no la dignidad de lo efímero. Más claro: lo efímero suele tener su dignidad y su esplendor. Por decirlo con una falsa poesía: ni una flor ni un cometa son triviales...

En cambio los periodistas tienen un fervor por lo trivial, que se arroja de la grandilocuencia y el ruido florido. Y de allí su éxito. Esto recuerda la frase de Oscar Wilde, aplicable tanto a su tiempo como al nuestro, hermanados por la estupidez: "En la vida moderna, nada produce tanto efecto como una buena trivialidad. Hace que todo el mundo se sienta como una gran familia". Y ese es el gran efecto del periodismo contemporáneo: nos ha vuelto solidarios con lo trivial.

Y los periodistas, por su parte, son los oficiantes de este vasto ritual de lo sin importancia y lo obvio.

Los televisores encendidos sin pausa, los radios vociferantes, sin la piedad del silencio, son el signo de una tragedia presente: la multiplicación sin sosiego de la información trivial. Estamos en la era de la no-información.

Pero poco importa esto, pues así los *mass-media* no sirvan sino para obstaculizar el fluir de la información tiene otro objetivo más simple: difundir, multiplicar e hinchar el ego vastísimo de los periodistas. Y cada medio de comunicación se ha convertido en el altar para devoción de

estos egos catedralicios.

Y los usuarios de los informativos participamos, de una familiaridad que ha vencido el pudor; de las pasiones y cumpleaños, de todas las intimidades y dolencias de estos periodistas que han convertido sus espacios noticiosos en plataformas yoicas. El yo es tan poderoso que eclipsa los acontecimientos. Y uno se resigna; son como esos parientes respetables, bobos pero con plata, a los que hay que obsequiar de atenciones y de mimos.

Pero ellos duplican la ilusión; se erigen así mismo como sabios o genios. O si no, ¿cómo explicar esas fotos de los columnistas de revistas y diarios? Algunos se hacen retratar con una mano en el mentón, otro con un dedo en la sien, otro apoyando su rostro en las dos manos -como sosteniendo

forzosamente su cósmica inteligencia-, como pensadores al momento de la revelación final de la gran idea, y que quieren ser esculpidos por un nuevo Rodin.

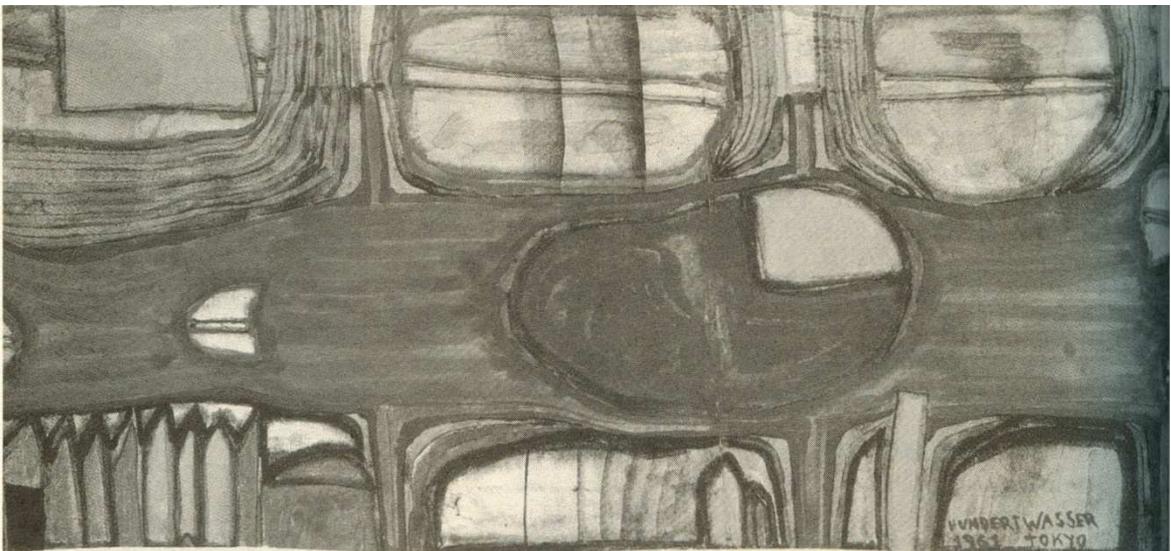
Muchos de ellos dicen, “escriben lo mejor posible esto es, bastante mal, pues han degradado el arte argumentar a lo resabido, a la ignorancia ufana, al sentido común, es decir, a los prejuicios populares asumidos como sabidurías.

Borges sugirió alguna vez que sería saludable si los periódicos sólo aparecieran cuando aconteciera algo verdaderamente memorable: “¡Extra! Hoy se descubrió América”. Esta sugerencia tan loable, es impracticable. La, echarían a perder los periodistas.

Orlando Arroyave es profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Antioquia.

El futuro de la enseñanza del periodismo y su relación con los medios

El siguiente texto es la intervención del Rector de la Universidad de Antioquia, doctor Jaime Restrepo Cuartas, en la instalación del Foro Internacional "El futuro de la enseñanza del periodismo y su relación con los medios", realizado en Santafé de Bogotá el 21 de agosto de 1998.



Hundertwasser. Parte del río Amarillo, Ikenoso Ryokan, Ikebukuro, Tokio, marzo de 1961

Por: Jaime Restrepo Cuartas

No cabe duda de que una de las consecuencias derivadas de la decisión de la Corte Constitucional, al declarar inconstitucional la ley 51 de 1975 fue llamar la atención sobre el estado de la enseñanza del periodismo en Colombia. En efecto, pocos argumentos tienen los periodistas para defender el "profesionalismo" de su trabajo, si por un lado los medios informativos, de manera casi unánime, se quejan de la calidad de los egresados de las facultades de Comunicación Social y,

por el otro, las facultades no están graduando periodistas sino Comunicadores Sociales-Periodistas, lo cual, para todos los propósitos prácticos, puede significar comunicadores organizacionales, institucionales o corporativos, relacionistas públicos y, ocasionalmente, periodistas.

El hecho es que en Colombia, y en buena parte de América Latina, el periodismo no es una carrera universitaria, sino parte de un programa más amplio llamado Comunicación Social. La intención de

los reformadores de los estudios de periodismo, cuando apenas estaban naciendo en la década de los años sesenta, fue la de crear profesionales “polivalentes”, e paces de desempeñarse en diferentes áreas y entender el contexto teórico y social de su ejercicio.

No obstante con ello se sacrificó la especificidad una profesión cuyo papel dentro del tejido social es conocida por buena parte de las legislaciones democráticas del mundo, consignada incluso en nuestra propia constitución política. Se sacrificó el aliento vocacional de un quehacer, que para la mayoría de quienes lo experimentan, no solamente es una profesión sino una forma de vivir, de ser y de actuar con el mundo, una búsqueda por la verdad que, en última instancia termina siendo una apasionante aventura. Se sacrificó también profundidad en la fundamentación ética específica del periodismo, con todas sus numerosas e importantes ramificaciones.

Pero sobre todo, se sacrificó la enseñanza del periodismo como una actividad que se aprende en su hacer y le redujo a encuentros pasivos en aulas de clase, con puestas de simulacros de redacción sobre realidades ficticias. La reportería nunca ha sido una materia importante en la investigación periodística, ha sido considerada tarea exclusiva de expertos.

Los medios entonces, son los más feroces críticos de las facultades de Comunicación Social debido a la

calidad de sus egresados, y no cabe duda de que parte de la crisis actual de los medios en Colombia, fundan sus carencias en la formación ambigua y descoyuntada de la realidad que se gesta en las aulas y se perpetúa en las salas de redacción. La prensa ha sufrido este anacronismo con la desaparición de géneros fundamentales en su hacer como la investigación periodística, la crónica, el informe especial, los perfiles de profundidad, las reseñas, en un país que busca en el periodista, a su más claro y noble interlocutor. Estamos sumergidos de hecho, en la era de un periodismo superficial, de la trivialización y farandulización de la información.

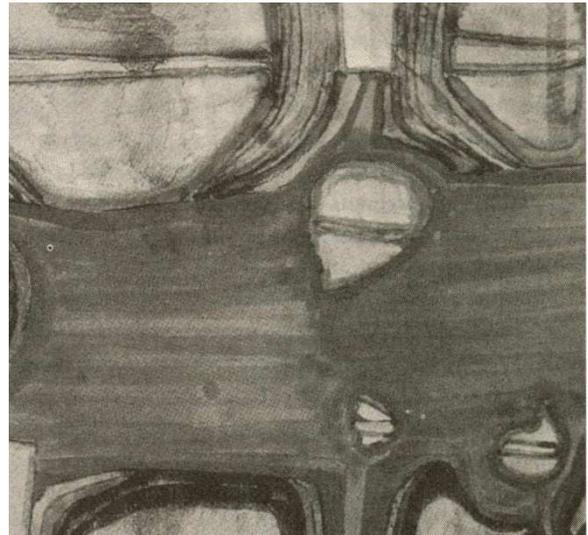
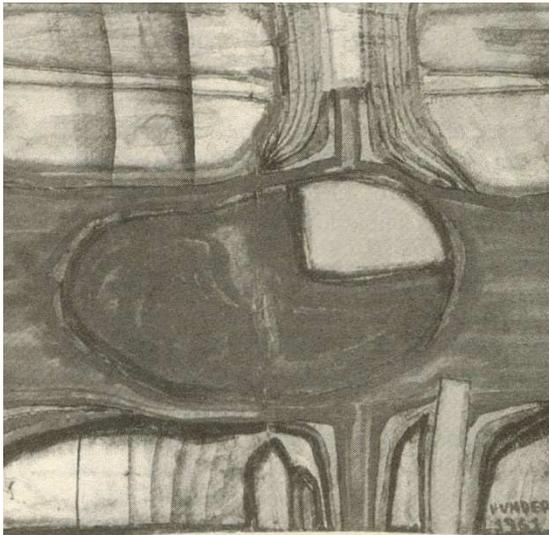
Así llegamos al punto que nos convoca en este encuentro: primero, la necesidad de compartir responsabilidades en la formación periodística entre los medios y universidades. Segundo, la necesidad de cruzar caminos que nos lleven a formar y a emplear periodistas nuevos. Ninguno de estos dos puntos fueron tratados por la decisión de la Corte Constitucional, que busca convertir el periodismo en un “oficio”. Al respecto, queremos respetuosamente insistir: el periodismo es una “profesión”, y como tal, deben reivindicarla quienes desde las universidades y desde los medios, lo enseñan y lo ejercen.

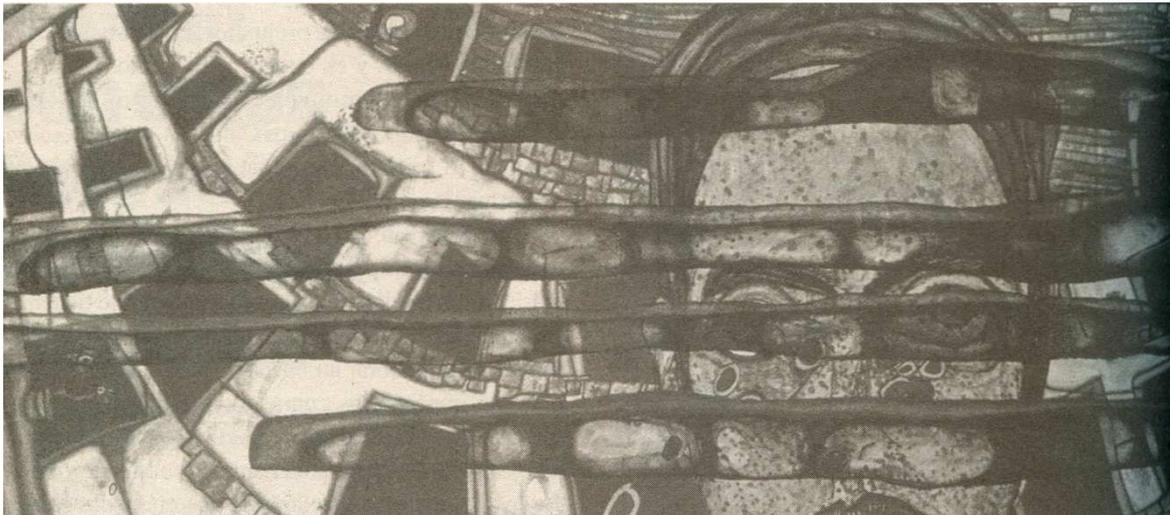
La Universidad de Antioquia, renueva su compromiso con esta búsqueda de periodistas idóneos, que a su vez se reflejen en mejores medios informativos. Para ello, el año pasado

se creó el Premio Nacional de Reportaje y Crónica Periodística, como una manera de retomar dos géneros por excelencia que dan cuenta de un estilo y una profunda manera de contar la realidad. Además, en el Alma Máter, cursa un proyecto que está pendiente de la consideración del Consejo Académico, para crear el pregrado de cuatro años en periodismo, el cual renovará al mismo tiempo, el actual programa de Comunicación Social. La Universidad graduó también su primera promoción en la especialización en Periodismo Investigativo y está contemplando la

posibilidad de convertir ese programa en una Maestría en Medios de Comunicación de Masas; ratifica con ello, la indiscutible importancia del ejercicio periodístico, en el contexto histórico y cultural de cualquier sociedad.

Para terminar, traigo unas palabras del maestro Héctor Rojas Herazo, escritor y periodista colombiano, sobre esta apasionante profesión: “el periodismo como instrumento de comunicación es la base de todo, y puede llegar a ser la fuente más activa de convivencia”.





Hundertwasser. *Fragmento Hombre con el dedo en la nariz y luto por Egon Schiele*. París, 1965

¿Informar hoy?... ¡Tan solo una ilusión!

Por: Gonzalo Medina P.

Para que el lenguaje empiece a coincidir con la realidad del periodismo colombiano, paso previo para comprender aquélla, tenemos que eliminar el término periodistas y crear el de instantaneístas¹, para referimos a quienes hoy dan cuenta del acontecer noticioso.

Hablar de periodistas conlleva la exigencia de informar periódicamente sobre lo que sucede cada día, lo cual le da al profesional el tiempo necesario para no solo registrar el hecho sino también digerirlo y ayudar a que el receptor también lo asimile. La fabricación de noticias a toda hora y en todo lugar, para ser emitidas de inmediato -porque esa es la consigna

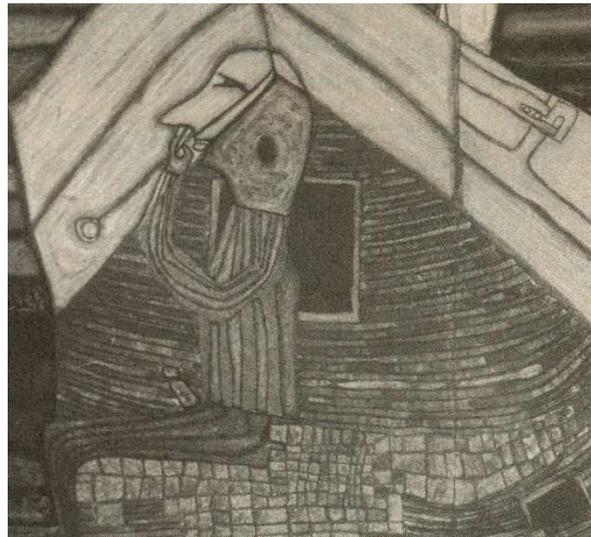
informativa- nos aleja cada vez más de esa posibilidad.

Sucede entonces que con el instantaneísta asistimos a la transmisión en directo del hecho, sea radio o televisión, de lo cual dicen que se deriva el supuesto principio pedagógico "ver es aprender", el que a su vez se convierte en lema de la empresa informativa como expresión de su eficacia. El hecho de que el televidente pueda observar con sus propios ojos cómo Estados Unidos ataca a Irak, semejando los juegos pirotécnicos de las recordadas fiestas parroquiales, hace que aquél se sienta testigo de la noticia y, como lo afirma Ramonet, sin riesgos de equivocarse en su valoración del hecho.

En medio del culto a la empiria, y del deterioro de razón como ejercicio clave

para comprender la realidad, volvemos los colombianos a damos una nueva oportunidad de resolver mediante la negociación lo que hemos podido solucionar con balas. Y también de nuevo se monta el escenario de las conversaciones y en él aparecen sus distintos protagonistas, con el seguimiento incesante de cámaras, micrófonos, grabadoras, fax, antenas, microcomputadores, maletines de noticias parabólicas portátiles. La impresión no es otra que la propia de una transmisión de un partido de fútbol y un desfile de modelos y de personajes del jet-set, q sienten renovarse al lado de quienes transpiran sudor verde oliva clandestino.

Y duele concluir que después de dieciséis años experiencias propias en cubrimientos de procesos de negociación políticas -Belisario fue el iniciador- seguimos con los mismos vicios y las mismas equivocadas posturas para abordar el diálogo entre las partes armadas como tema de interés público. Nos seguimos sintiendo como otros protagonistas del proceso, lo cual no da el derecho a entrar de inmediato a todas partes ¡ay de quien no lo permita!-; a que todos nos concedan declaraciones cuando lo necesitemos o que nuestros jefes lo necesiten, que es lo mismo; a querer saberlo todo, pero para informarlo todo y de inmediato porque la máquina de moler noticias lo exige, sin reparar en el perjuicio que con ello le causamos al proceso mismo; a pretender que a toda hora debemos tener "chivas", ya sea por presión nuestra o de nuestros jefes, que es lo mismo; a salir en defensa del derecho a



informar, pero no del deber de no informar cuando está por encima otro derecho más importante -por ejemplo el de la vida-.

Y en esa búsqueda alocada de la noticia que nos consagre, o que al menos nos congracie con nuestros directores, no importa que tengamos que aumentarle "un poquito" al hecho en su magnitud: llamamos toma a lo que en realidad es un asalto; denunciarnos que apareció un nuevo cartel de la droga, sólo porque la policía decomisó un cargamento de cocaína o porque la misma policía lo afirmó pero sin probar nada.

Decimos que el proceso de paz está en peligro, cuando en realidad lo que hay es una divergencia entre las partes. El despliegue que se le dio a la silla vacía al lado del presidente Pastrana el día que empezaron las conversaciones, daba la sensación de que las FARC se habían burlado del país y del gobierno.

Es evidente en muchos de nosotros, sobre todo en ruedas de prensa, el

desespero por que el entrevistado diga lo que nosotros queremos que responda, pues ya sabemos que eso es lo que produce noticia. Sobre todo nos interesan las respuestas en las que se hacen señalamientos o acusaciones, o aquellas que a nuestro juicio permiten concluir que el entrevistado es simpatizante de una de las partes, o que por el contrario le está declarando la guerra a una de ellas.

Luis Argiro Villa, egresado del Instituto de Filosofía y conocido vendedor de libros en la Universidad de Antioquia, recientemente secuestrado con su familia por órdenes de Carlos Castaño, me manifestaba su decepción con los periodistas luego de concederles una rueda de prensa. Después de insistirle con preguntas sobre su posible militancia en la guerrilla -eso se llama señalamiento-, terminaron presentándolo como un defensor de los paramilitares, sólo porque afirmó que éstos deberían ser tenidos en cuenta en las conversaciones de paz.

Estos son los resultados del trabajo de los instantanéistas, de quienes cada vez más se alejan de la condición de relatores periódicos -o sea periodistas- de la realidad y se acercan, empujados por la dinámica de esa fábrica de producir noticias que son hoy los medios masivos, a la calidad de operarios de lo inmediato, de lo descontextualizado, de lo carente de explicación -¿para qué va entonces a la universidad un aspirante a periodista?-, de lo que se toma hoy por la mañana como noticia y se deja por la tarde para

buscar “la nueva novedad”, como cualquier dueño de circo que tiene que buscarle reemplazo a la mujer barbuda porque ya no atrae a nadie.

“La falta de equilibrio en la presentación de los hechos que se iban cumpliendo en el proceso, en la cual guerrilleros armados y comandantes que daban declaraciones y ruedas de prensa inundaron los espacios televisuales, polarizaron la opinión ciudadana y dejaron en muchos la sensación de que la paz era la victoria de los alzados en armas y de que lo que el país vivía era algo parecido a la entrada de las fuerzas de Fidel Castro en La Habana, una vez depuesto el dictador Fulgencio Batista”². Vale la pena precisar que no se trata de ningún texto evaluativo de lo que han sido hasta ahora las conversaciones en San Vicente del Caguán; su origen se traslada catorce años atrás cuando comenzaron los procesos de paz con las FARC, el M-19 y el EPL. Eso de la historia circular no es ningún cuento.

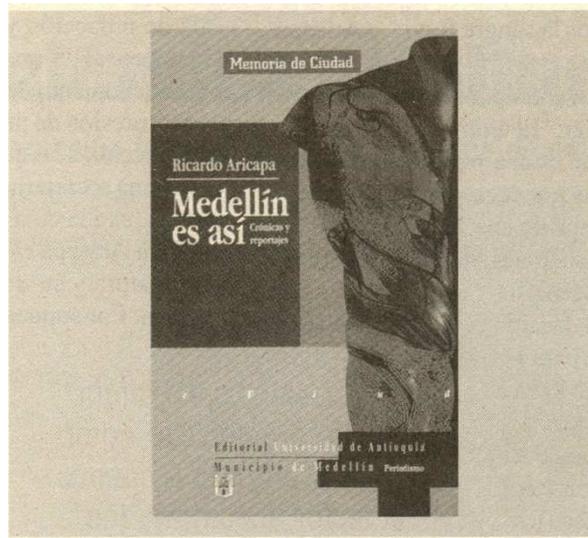
Gonzalo Medina P. es periodista y profesor del Departamento de Comunicación Social de la Universidad de Antioquia.

Notas

1. Término acuñado por Ignacio Ramonet en su libro *La tiranía de la comunicación*, Editorial Debate, Madrid, mayo de 1998, p. 56.

2. *Colombia, violencia y democracia*. Informe presentado al Ministerio de Gobierno por la Comisión de Altos Estudios sobre la violencia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987, p. 146.

Medellín y Ricardo Aricapa son así



Para Aricapa, escribir un reportaje es buscar dos o tres perlas Que le den sentido, universalidad y humanidad a un hecho. y su trabajo fue ese, buscador de perlas, en las personas Que entrevistaba o en los acontecimientos Que trataba.

Por: Wilson Osorio Montoya

De su infancia transcurrida en un hotel de Riosucio, Caldas, extrajo la vocación periodística, de su ancestro catío heredó la malicia indígena explícita en su reportería, de la fuente “orden público” que durante varios años cubrió en Caracol y *El Mundo* definió su predilección por la crónica y el reportaje y de Juan José Hoyos, quien fue su profesor en la Universidad de Antioquia, el periodista Ricardo Aricapa aprendió que en periodismo la poesía no está en las palabras sino en los hechos.

Todos estos rasgos se entrelazan entre sí, se encarnan en el autor Ricardo Aricapa y se materializan en su obra titulada *Medellín es así*, publicada recientemente por la Editorial Universidad de Antioquia y el Municipio de Medellín. El libro pertenece a la colección *Memoria de ciudad*, serie periodismo, y está conformado por crónicas y reportajes

publicados en los diarios *El Colombiano* y *El Mundo* entre 1985 y 1991; además, incluye nueve artículos inéditos escritos entre finales de 1996 y principios de 1997.

En *Medellín es así*, título bastante pretencioso como su mismo autor lo reconoce, el lector encontrará los personajes, lugares y hechos que retratan una de las décadas más dramáticas de la ciudad 1985-1995: el hampón y el líder comunal, el travesti callejero y el guardián del río Medellín, el policía enamorado y la vieja matrona de la época dorada de Lovaina, los barrios populares, la cárcel Bellavista, la Zona Rosa, Guayaquil y el estadio Atanasio Girardot.

Dos reportajes de la obra tienen especial significado para su autor: Un parcerito del cuarto y una chica del noveno, de la serie S.O.S desde Bellavista, que lo hizo merecedor del Premio Nacional de Periodismo “Antonio Nariño”, otorgado por Resida (Reporteros Sindicalizados de

Antioquia), y La nostalgia de Lovaina, cuyo recorte vio enmarcado y colgado en la oficina de uno de sus muchos entrevistados. A estos y otros trabajos les debe, además, muchas novias que tuvo, “muchachas que se me acercaban porque admiraban mis escritos”.

Experiencia

En 1984, después de dos años de trabajo, Aricapa dejó Radioreloj de Caracol porque a sus extensos informes que él llamaba crónicas para radio, su jefe los denominaba como “no radiales”. Y es que la estrechez de la noticia escueta amenazaba con ahogar su vocación literaria. Este conflicto derivó en que se tenía que ir para la prensa porque no estaba dispuesto a coartar el vuelo de su pluma. Así fue como llegó al periódico *El Mundo* en una época en la que importaban la crónica y el reportaje y se les concedían tiempos de elaboración y espacios de publicación generosos.

La palmadita en la espalda se la dieron cuando su primera crónica publicada apareció pegada en el periódico mural de la sala de redacción con el comentario “esto es buen periodismo”. No era gratuito, según sus propias palabras, se había desfogado, todos los días se quedaba hasta las diez u once de la noche en el periódico escribiendo sus propias cosas. Como dijo Gabo “cuando uno tiene menos de 30 años la sangre fluye” y Aricapa sólo contaba con 28.

Después de laborar en *El Mundo* por

espacio de cuatro años, Aricapa decidió renunciar: “El último año fue de desencanto porque sentía que me estaba repitiendo, sin embargo, aún tenía muchas cosas por decir y hacer. El periodista tiene que retirarse a tiempo de una sala de redacción, sobre todo cuando tiene inclinaciones literarias. Eso tiene que desarrollarse en otros escenarios”; Asegura además, que regresaría a una sala de redacción con una sola condición: “que me den quince días para escribir un reportaje y eso no me lo va a dar nadie”.

Aunque se alejó en cuerpo de los medios escritos no lo hizo en letra. Siguió colaborando con crónicas y reportajes para el *Suplemento Dominical* del periódico *El Colombiano*, columnas de opinión para *El Mundo* y colaboraciones para la *Revista Semana* y *El Espectador*. Asimismo, investigó y escribió dos libros con la Contraloría Departamental titulados *El libro del agua* y *Crónicas del Agua en Antioquia*.

Periodistas y periodismo

“Los buenos periodistas literarios están fuera de los medios, con unas pocas envidiables excepciones, ejemplo Reynaldo Espitaleta en *El Colombiano*. En éstos no hay tiempo ni espacio para desarrollar el talento, lo ahogan, 10 desperdician”, sostiene Aricapa. Es quizá esta la raíz por la que los medios, sobre todo los escritos, publican muy poco, por no decir nada, de los géneros mayores del periodismo.

“Los periódicos colombianos relegaron

la crónica y el reportaje, géneros que deben ser el sustento de la prensa escrita. Ahora, están en la réplica de la radio y la televisión, noticia muy corta”, afirma Aricapa. No es extraño, entonces, el creciente volumen de libros periodísticos publicados durante los últimos años, inversamente proporcional a los espacios cedidos por los medios a las

informaciones estructuradas de forma literaria. “Yo no creo que los periódicos vuelvan a publicar periodismo literario en el volumen que lo hacían antes, ellos están en otra cosa, yo creo que el espacio para ese tipo de trabajos son definitivamente los libros”, concluye.

“Para mí el periodismo, más que una profesión, es un oficio de tiempo completo, quiere decir que usted dejó la sala de redacción y el asunto que lo está ocupando pero sigue pensando en él. Un oficio es lo que no se deja en ningún momento del día, es un oficio o no es nada. El otro es la profesión de muchos, un periodista que llega a la sala de redacción a las nueve y sale a las seis, cumple su trabajo como una secretaria o como un ingeniero que deja su obra y se va para la casa y ahí acabo el día”, asegura Aricapa.

Para Aricapa el periodismo es, además, un género de la literatura y su trabajo

siempre ha apuntado en esa dirección. Por supuesto, su interés actual es éste y ya tiene tres proyectos de novela posible en Medellín, uno ya bastante adelantado. No obstante, antes de esto quiere saldar cuentas con su infancia, es decir, terminar una novela que tiene pendiente.

En Medellín es así, título bastante pretencioso como su mismo autor lo reconoce, el lector encontrará los personajes, lugares y hechos que retratan una de las décadas más dramáticas de la ciudad 1985-1995: el hampón y el líder comunal, el travesti callejero y el guardián del río Medellín, el policía enamorado y la vieja matrona de la época dorada de Lovaina ...

La oportunidad de dedicarse exclusivamente a la literatura le llegó en 1994 cuando ganó una beca de Colcultura para escribir una novela. El año siguiente lo dedicó íntegro a producirla. Aún no la ha publicado, más por inseguridad que por otra cosa, pero su título ya lo definió: *Hotel Otún*. Trata sobre su infancia, del hotel donde nació y creció viendo pasar los viajeros y los

acontecimientos y donde sació, en sus propias palabras, su curiosidad y voyerismo.

El ser voyerista es, precisamente, una de las cualidades que para Aricapa debe tener todo buen periodista, además de muchos amigos, hambre, cinismo (como arma de defensa frente a la manipulación de las fuentes), la inocencia de un niño y la capacidad de asombro. Lo que no debe poseer son odios, prejuicios, envidias ni mucha plata. Y, ante todo, saber escuchar más que hablar y gozar del chisme pero, por supuesto darle la dimensión literaria y social.

“... El periodismo como la vida no se detiene.” Son las palabras conclusivas de la introducción del libro y que para Aricapa significan que la existencia no termina cuando uno duerme o cuando muere, para él ésta sigue y alguien tiene que estar presente para contarla. “Afortunadamente el periodismo va a existir siempre porque la gente como no

puede estar en todas partes, está ávida de que le cuenten no sólo los grandes acontecimientos sino también lo que le pasa al vecino, y ahí está el periodista para narrárselas”.

Wilson Osorio Montoya es Coordinador de comunicaciones del Departamento de Publicaciones

Narcohuellas en las cuartillas



Hundertwasser. Fragmento *Lágrimas horizontales y verticales de un hombre sobre el cual brilla el sol y cae la sombra*. Giudeca, marzo de 1966

Después de la muerte física, es posible que el periodista sufra una muerte moral. Los narcos lo hacen morir dos veces.

Especial para ENLACE/ Javier Darío Restrepo

Cuando mataron a Nelson Osario Patiño, dos periódicos relacionaron su muerte con los vínculos que el periodista mantenía con Leonidas Vargas a quien le había administrado unos bienes en Caquetá, según *El Espectador*. Los conflictivos tratos de Vargas con capas del narcotráfico y con paramilitares motivaron la pregunta del titular de *El Tiempo* y la afirmación en el antetítulo de *El Espectador*, que fue como cubrir esa muerte con crespones de duda. Lo mismo había ocurrido el 19

de mayo cuando asesinaron en Cali a Bernabé Cortés. Las reseñas sobre su muerte consignaron como parte de su hoja de vida que su nombre había aparecido en las listas de presuntos destinatarios de dineros del narcotráfico, revelados ante la justicia de Estados Unidos por el ex contador del cartel de Cali, Guillermo Pallomari.

Estos son los casos más recientes, pero en el pasado ocurrió otras veces que, al dolor por la muerte del periodista, se sumara el desconcierto por la muerte moral que representaba la relación de sus nexos, reales o imaginarios, con

narcotraficantes.

Los periodistas se han mantenido en la mira MI narcotraficantes, quienes los han cercado, en muchos casos, con la doble presión .de las amenazas o de los sobornos -aún falta por conocerse la lista completa de los periodistas a quienes los jefes del cartel de Cali giraron cheques millonarios-. Los nombres que hasta ahora se han conocido no agotan la nómina de personas la prensa que, con tal de recibir numerosas sumas dinero, les cooperaron en tareas informativas, de relaciones públicas y hasta de intimidación de otros colegas.

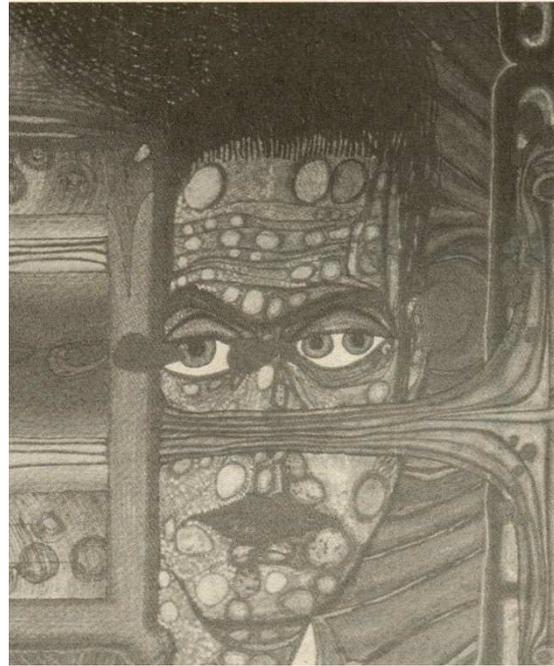
La intimidación y el soborno lograron un efecto indirecto al imponer en los medios un estilo tímido, de medias informaciones en las que el periodista no se comprometía y prefería citar textualmente documentos de los cuerpos de seguridad o de los jueces cuando el tema era la responsabilidad penal de los narcotraficantes. Sin embargo, ese apego a las letras de los comunicados oficiales no defendió del todo a los periodistas. La detención de Iván Urdinola, el narcotraficante del norte del Valle, se conoció a través de los comunicados de la policía que medios de comunicación como *El Espectador*, *El Tiempo*, *Caracol*, *RCN* y el *Noticiero de las Siete* difundieron textualmente y que, sin embargo, les valieron una acción de tutela que, por asuntos de forma, no culminó en una perentoria orden de rectificación. Ese miedo de informar algunos hechos, el desmonte de las unidades

investigativas, la omisión total de cualquier información relacionada con el narcotráfico y los narcotraficantes que operaban en el deporte, fueron algunas de las huellas que el narcotráfico dejó en la prensa colombiana, que en los años 80 fue una prensa intimidada y que en los 90 abandonó progresivamente el miedo, pero continuó marcada por las relaciones de algunos de los periodistas con los agentes del narcotráfico.

El silencio de los periodistas ha sido para los narcotraficantes tan importante como las armas o el dinero, a lo largo de todo el proceso de establecimiento y expansión de su actividad. Sus esfuerzos por infiltrar los medios de comunicación, mediante compra de emisoras o de espacios de televisión o a través de la creación de medios impresos, ha sido una parte de esa ofensiva para controlar la agenda informativa. Pero aún mayor fue la importancia que le atribuyeron al soborno de periodistas y al silencio impuesto. En la destrucción de evidencias, que fue el caso de eliminación de periodistas, jueces y testigos de sus crímenes, el mensaje fue claro: se trataba de palabras que debían callarse porque ponían en peligro a hombres que habían invertido altas sumas de dinero para comprar protección y silencio a su alrededor. Llegó a ser tan clamoroso ese silencio impuesto, que el ministro Fabio Villegas, al presentar ante el senado las reformas a la ley de orden público explicó que se trataba “de romper el silencio de los delincuentes”.

Los periodistas que entendieron que el poder de sus palabras era temido por estos hombres, envanecidos por el poder de su dinero, de sus armas y de su falta de escrúpulos, vencieron sus naturales temores y los enfrentaron. Uno de los primeros en hacerla y en pagar los costos de su coraje fue el columnista caleña Raúl Echavarría Barrientos, asesinado en Cali en 1986. Por la misma época fue asesinado en Santa Marta el hombre de radio, Rodrigo Ahumada, a quien los narcotraficantes no habían podido silenciar con amenazas. Pero el más conocido y el más ejemplar de los casos fue el del director de *El Espectador*, Guillermo Cano, asesinado el 17 de diciembre de 1986. Las investigaciones condujeron a las autoridades hasta los dos capos del cartel de Medellín, Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha, como autores intelectuales de un crimen con el que quisieron imponer silencio. La misma finalidad se le atribuyó a la muerte de Gerardo Bedoya, el columnista del diario *El País*, de Cali, asesinado a comienzos de 1997, después de la publicación de unas vigorosas columnas de denuncia contra los narcotraficantes.

La muerte o el encarcelamiento de los grandes capos no ha cambiado las



cosas, como lo demostró el comunicado de los Extraditables con el que en este año se les notificó a los periodistas que quien informe sobre retroactividad de la extradición será considerado objetivo militar. Son hechos que están dejando su marca en el periodismo nacional. Es una huella no uniforme porque, aunque en unos casos produce un periodismo y periodistas tímidos, sobornados o asustados, en otros casos ha inspirado el mejor periodismo y los más brillantes ejemplos de periodistas más allá del miedo o de la sumisión.

Javier Darío Restrepo es periodista y Defensor del Lector del periódico El Tiempo

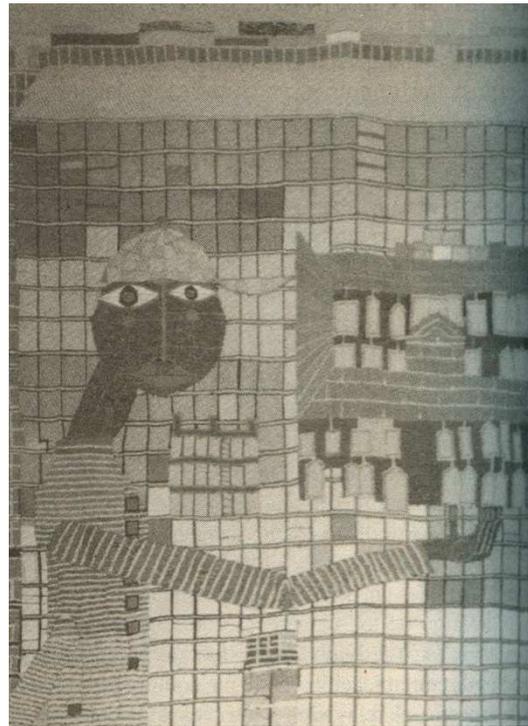
18 al 25 de septiembre de 1998

¡Piedad, con estos pobres huérfanos!

Por: Pedro Adrián Zuluaga

Hay que juntar coraje para hacer la defensa de lo indefendible. El mejor argumento en estos casos, perdidos de antemano, es que las mayorías, a pesar de la democracia, siempre se equivocan, y que todos los consensos son sospechosos. Frente a la opinión de qué a los periodistas siempre se nos sale lo humano justo cuando no se debe, que no hacemos más que estorbar, interrumpir y opinar a destiempo, todos parecen milagrosamente de acuerdo: los intelectuales y las amas de casa, el presidente y los guerrilleros, los ricos y los pobres, los jóvenes y los viejos; todo un modelo de unanimidad conceptual.

En resumen, los periodistas tenemos una profesión adicional: la de ser culpables. Pero se me permitirá por esta vez disentir y proponer a cambio la figura del periodista como la de un pobre tipo, por el que temen su madre y sus vecinos y al que cada día lo amparan menos las leyes humanas (colombianas) y lo abandona con mayor evidencia la justicia de Dios, y que



Hundertwasser. *Muchacho meando con rascacielos*, Viena, enero de 1952

como si fuera poco, es mal pagado y maltratado por sus jefes, periodistas que a su vez son utilizados como un mal necesario por sus jefes respectivos, que oscilan entre ricos empresarios o delfines y cortesanos de las familias presidenciales o ambas cosas.

Los periodistas de “abajo”, que viven entre azarosas salas de redacción y no menos azarosas ruedas de prensa, sobreviven gracias a que conservan instintos básicos, casi los mismos que los del resto de los mortales: el temor al ridículo, el deseo de poder, el miedo a lo nuevo y lo desconocido. Vistas de cerca, estas “pasiones” no son más que necesidades simples, por las que nadie debería ser juzgado: la búsqueda del reconocimiento y el respeto ajenos, el sueño de la confianza en sí mismos. El que esté libre de estos “pecados” que

tire la primera piedra.

La diferencia que condena al periodista es que estos instintos elementales los vive públicamente, de manera que lo que son gajes del oficio y conductos regulares de toda vida humana se amplifican y quedan en la memoria y el inconsciente del "público", testigo directo o indirecto, como pruebas irrefutables de estupidez.

Pero si las cámaras, las grabadoras, los micrófonos y las luces, que siguen acuciosamente los pasos de los periodistas, se dedicaran a rastrear abogados, médicos, comerciantes, arquitectos, a cada cual en su infinita mezquindad, el mundo dudaría de su cordura, la confianza se quebraría en mil pedazos y habría pocos di puestos a levantarse de la cama.

Si los hombres siguen su curso sin que la tierra llore de dolor es porque la inteligencia de la especie se ha reservado ciertas garantías. Una de ellas lleva más el derecho "natural" a preservar la intimidad y se extiende a lo que podríamos empezar a llamar el Derecho a la Intimidad Pública, a pasar desapercibidos, a actuar sin un ojo avizor respirándonos en la conciencia. Los periodistas hemos resignado ese derecho. En cambio, nuestros mínimos actos para ganarnos la vida ocurren frente a miles de televidentes, lectores u oyentes. Claro, tipo de oficios se ejercen de cara a públicos amplios o reducidos (meseros, taxistas, vendedores, etc.), pero sin un agravante que pesa sobre los periodistas: el de la responsabilidad intelectual, la hoguera de las vanidades

de la inteligencia.

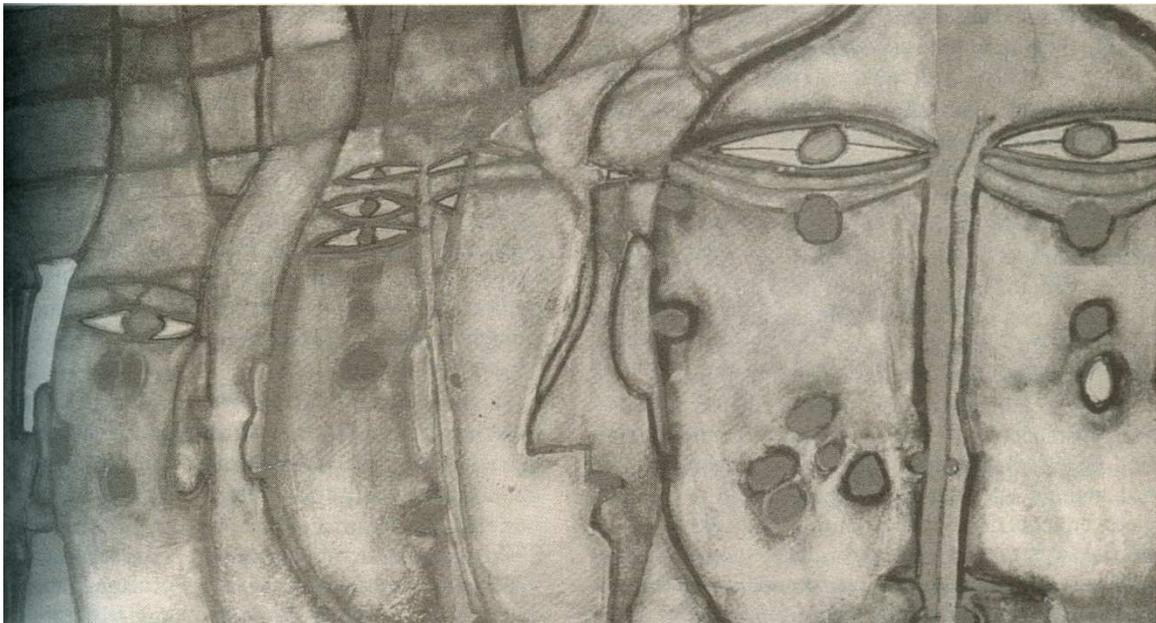
Y sumémosle a esto que no somos ni telepredicadores, psicólogos, ni economistas, sino que el tono y la sustancia de nuestro discurso debe ir modificándose al vaivén de cada día como si el mundo naciera cada mañana, de manera que ahora hay que ser experto en política chilena y dentro de un ratico en los conflictos de los grandes lagos y pasadas unas horas en el nacionalismo serbio. Admitámoslo: no hay cerebro que aguante tantos estrujones.

Doy fe: mis colegas son gente con las neuronas completas, leen tan poco como el resto de los profesionales colombianos y tienen sobre lo divino y lo humano opiniones tan convencionales como una reina de belleza, un poeta o un congresista. Nuestras emociones estéticas son lugares comunes y nuestras opiniones políticas se han formado a punta de prejuicios, exactamente como las de los demás, y en cuanto a los genios de la raza (siendo muy generosos con el calificativo), los Caballero, los Gossáin, los Santos Calderón, son tan escasos como en el resto de vocaciones y no hacen más que confirmar la regla.

Chivos expiatorios o víctimas propiciatorias, lo cierto es que muchas personas suelen exigir de nosotros la claridad y la inteligencia que ellas mismas no tienen. Si los anteriores argumentos, expuestos con la mejor voluntad conciliadora, no bastasen para mermar la asonada de improperios

contra los periodistas, siempre queda como último recurso acudir a la caridad cristiana. ¿No dicen que un ángel anunció a María, y otro a José y que, en fin, todo el tráfico de voluntades entre el cielo y la tierra se hacía por intermedio de primitivos comunicadores? Si en la tierra no tenemos dónde recostar la cabeza es probable que del cielo nos toque aunque sea el limbo de los santos inocentes; aunque Woody Allen en *Deconstructing Harry* se imaginó un infierno lleno de Amats y Arizmendis.

Pedro Adrián es Comunicador Social de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia y periodista de El Mundo.



Hundertwasser. Fragmento *El fin de los griegos, los ostrogodos y los visigodos*, Venecia, 1964

Un día como hoy

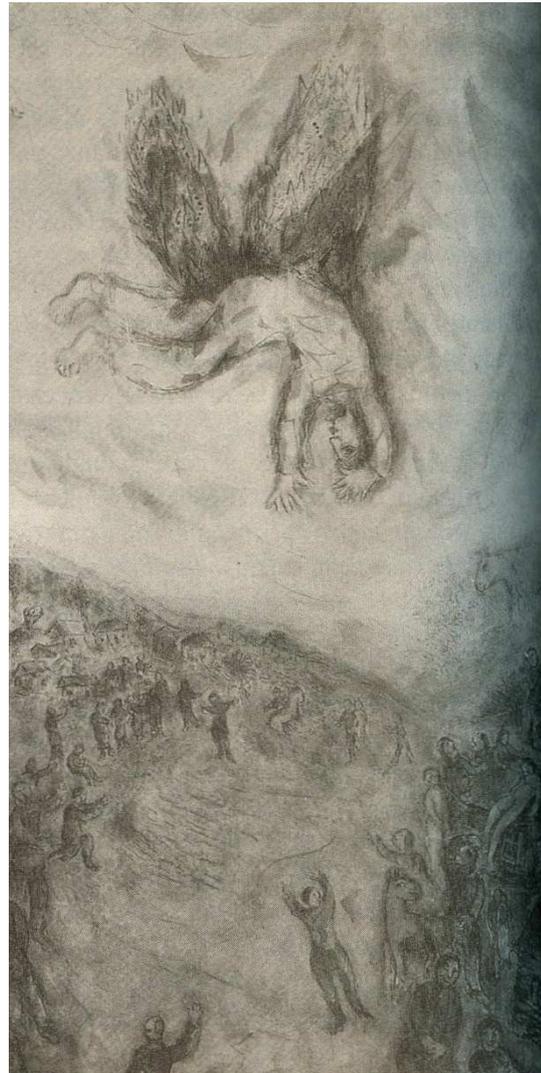
Por: Luz Marina Restrepo Uribe

“Alekos, ¿qué significa ser un hombre?” “Significa tener valor, tener dignidad. Significa creer en la humanidad. Significa amar sin permitir que un amor se convierta en un ancla. Y significa luchar. Y vencer. Mira, más o menos lo que dice Kipling en aquella poesía titulada “Sí”. Y para tí, ¿qué es un hombre?”¹

Así termina su libro *Entrevista con la historia* la periodista italiana Oriana Fallaci, ella contesta la pregunta que yo prefiero dejar abierta, para que cada uno le busque la respuesta que más se ajuste a su realidad. Por eso más que hablar del día del periodista prefiero hablar de la dignidad del ser humano, el sujeto de la noticia y por ende del periodismo.

Crear en la humanidad, amar a los hombres sin distingo de credo político, raza, religión o género es también aceptar el reto de hacer de esta profesión algo digno, algo vivo, que no se conforme con verdades a medias, con el golpe de gracia de la “chiva” ni con el facilismo del culto al morbo.

Crear en la dignidad del ser humano es trabajar cada día con renovados bríos en la tarea de pintar, con lápices de



Marc Chagall. Fragmento *La caída del Ícaro*, 1975

múltiples colores, la realidad que nos rodea sin hacerla más pesada de lo que ya es, sin exagerar el dolor pero sin eludirlo; asumiendo cada trozo de casa, calle, barrio, plaza, camino, parcela, como el lugar donde habita la vida, donde hombres y mujeres, ancianos y niños construyen un pedacito de patria, de humanidad.

Asumir la tarea de periodista es también hacemos dignos del acontecimiento, ese que mis ojos contemplaron, mis oídos escucharon,

mi corazón sintió y mi cerebro ayudó a interpretar por medio del lenguaje. Deleuze habla de ser dignos del acontecimiento, de cómo querer el acontecimiento es desprender su verdad eterna, como fuego del que se alimenta. "Todo estaba en su sitio en los acontecimientos de mi vida antes de que yo los hiciera míos; vivirlos era encontrarme tentado de igual me a ellos, como si ellos fueran a tener de mí y solamente de mí lo mejor y más perfecto para ellos."²

Ser dignos del acontecimiento es asemejarnos poco a Ícaro, el de alas doradas cosidas con cera a cuerpo, que en: su intento por alcanzar el poderoso astro es lanzado al abismo; Ícaro el desobediente que asume su destino, el acontecimiento que deviene en muerte. Ícaro y su destino de fuego abrasador, que no tiene tiempo distinto al ahora que lo lanza al espacio vacío de su encuentro, que no se detiene a escuchar advertencias que pudieran distraerlo de su sino, porque quizás en esas palabras se esconde la terrible verdad que solo él puede porque solo él puede entender y corresponder-atender.

Más allá de toda moral que nos enseña a vivir arrepentidos, a ser unos resentidos, está la voluntad de poder del hombre que se alza por encima de su vida, que asume con dignidad los

acontecimientos en que deviene ser en este tiempo y hora, que no se deja embaucar por dolor y la culpa, sino que asume con perfecta armonía dolor-alegría, guerra-paz, vida-muerte. Aquí reside quizás la esencia del periodista, que como Ícaro vuela por encima de la noticia para transformarla en una lección de vida preservándola de odios, rencores, tergiversaciones y toda laya de facilismos que pudieran enajenar la opinión del otro y no permitirle hacer sus propios juicios, sacar sus propias conclusiones.

En Ícaro su poder, su grandeza no está en el resultado, ni siquiera en el obrar, sino en la ascensión de su destino. La palabra ya no puede retenerlo y alejarlo del final. La palabra es la que lo empuja a cumplir la cita con su destino. La palabra tiene el efecto de un Dionisios que envuelve a toda costa, que no escatima en dolor alguno, pero que también ofrece su pócima de goce enloquecedor.

Mi tiempo, mi aquí y mi ahora es lo que nos dice Ícaro mientras vuela. Mi tiempo, mi acá y mi ahora es que soy, mi yo en este mundo en medio de mis acontecimientos, que esperaban por mí, que me eligieron a mí, y no a otro para encarnarse. Mi ser más allá de cualquier resentimiento que alguna herida me haya podido hacer; "mi herida que

"Alekos, ¿qué significa ser un hombre?"
"Significa tener valor, tener dignidad. Significa creer en la humanidad. Significa amar sin permitir que un amor se convierta en un ancla. Y significa luchar. Y vencer. Mira, más o menos lo que dice Kipling en aquella poesía titulada 'Sí'. Y para tí, ¿qué es un hombre?"¹

existía antes que yo, que yo nací para encarnarla..."³

Mi herida es mi rostro en el cual me reconozco, del cual no intento ni puedo escapar. Mi herida, mi lenguaje, mi amor, mi dolor, mi yo, un más allá de todo tiempo pasado y por venir. Mi herida en el centro de mi ser, que me eligió a mí y no a otro para realizarse, para empujarme a la vida, a renacer a partir de ella sin los escrúpulos de la piedad, sin la amargura del odio, resentimiento por lo pasado o por venir.

Más allá de la tragedia cotidiana, del secuestrado-desaparecido, del asesinado, de la masacre, de los muertos y heridos por un desastre natural, de la víctima y su verdugo, está un ser humano que clama por su dignidad, que se niega contra todos los pronósticos a ser un fetiche más para la sociedad, para esa comunidad, que amparada en el dolor solo ve en esos "héroes" de carne y hueso la posibilidad de un mejor futuro.

No se trata de ver la vida color rosa pero tampoco de acumular adjetivos, verbos y adverbios para nombrar la realidad recreando el morbo general, del medio que más vende a costa del dolor ajeno, de la tragedia del otro que se vuelve instrumento mercantil gracias al cual se puede acceder a un premio periodístico, a un reconocimiento económico.

Por eso la historia de Ícaro vuelve a cobrar fuerza hoy más que nunca. Ícaro el de las alas doradas cosidas con cera. Ícaro al límite de la palabra, al límite de

perecer por obstinación. Ícaro libre de ataduras, volando en el círculo mágico de su destino, atrapado entre la palabra y su sino. Ícaro herido de muerte unido a su destino para siempre. Ícaro digno del acontecimiento, dueño y señor de su voluntad de poder, de elegir, de decidir. Ícaro situado en el "punto en que todos los acontecimientos se reúnen así en uno solo, el punto en que la muerte se vuelve contra la muerte, donde la impersonalidad del morir ya no señala solamente el momento en que yo me pierdo fuera de mí, sino el momento en que la muerte se pierde en ella misma, y la figura que toma la vida más singular para sustituirme a mí"⁴. A todos esos Ícaros desconocidos que hacen del periodismo una tarea singular porque en ella está comprometida la dignidad del ser humano, están dedicadas estas líneas en un día como hoy.

Luz Marina Restrepo Uribe es estudiante del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia y se desempeña como comunicadora asistente del Programa de Egresados del Alma Máter.

Notas

1. FALLACI, Oriana, *Entrevista con la historia*, Santafé de Bogotá, Círculo de Lectores, 1980, pp 613
2. DELEUZE, Guilles, *Lógica del sentido* "Del acontecimiento". Madrid, España Editorial Feix Barral. pp. 190
3. *Ibíd*, pp. 189
4. *Ibíd*, pp. 195